



Julia Lobo Huertas, 67 años.
Nazaret León Cuadrado, 23 años.

El teatro de la vida

Cualquier pequeño detalle que truncara la cotidianidad de una vida sin sobresaltos, era celebrado por aquel entonces como el más grande acontecimiento. Era otra época, y como protagonista activa de ambos periodos, entiendo que la vida ha cambiado mucho desde entonces. Supongo que a mejor, en muchos aspectos estoy convencida que así es, sin embargo en otros muchos... me resulta triste reconocer que se ha perdido parte de la ilusión. La posguerra fueron años difíciles, es sabido por todos, sin embargo, y supongo que con la ventaja de ser una niña, mis recuerdos apenas se limitan al resonar de los sonidos de las trompetas y los tambores, los aplausos, las acrobacias imposibles, la algarabía que se apoderaba de Mora, un pequeño pueblo toledano, cuando, a lo lejos y a paso renqueante, los carromatos de titiriteros entraban a escena. "Hoy, gran función", podía leerse sobre la tela roída de rayas multicolor que daba resguardo a una familia pobre y numerosa, rodeada de cachivaches y animales, dentro del carromato.

Como cada verano, coincidiendo con la festividad de Santa Ana, yo esperaba que el telón de la alegría subiera de nuevo, sentada en la puerta de mi casa, con la vista perdida en lo cotidiano, el ayuntamiento a un lado y el borboteo de la fuente Mayor al otro.

Un pueblo tras otro, de fiesta en fiesta, estos profesionales del ingenio y la sonrisa ganaban un poco de lo poco que había. A veces con el zurrón lleno, y otras veces con el estómago, recorrían España poniéndole color a la miseria y desesperanza con la que se convivía en los pequeños pueblos españoles. Llegaba nuestro turno y aún no he podido olvidar la sensación de entusiasmo que invadía mi pequeño cuerpo, al margen de guerras, ideas enfrentadas, y rencor acumulado entre mis propios vecinos, al margen de la sencillez de nuestra vida, tan en contradicción con el momento actual del que podemos disfrutar.

Sin embargo, en aquel momento, los más mayores en una especie de procesión, se echaban la silla a la espalda, los pequeños corríamos hacia la Plaza o al descampado escenario de la función, aguardando el momento de que la gran familia, deseosos de respirar, saliera del carromato entre acrobacias y aplausos. Los más veteranos del oficio, de piel casi azabache como consecuencia del intenso sol, sacaban a escena un sinfín de artilugios: desde la escalera al taburete, el tambor y un pequeño guiñol fabricado con tablones y palos recubiertos de una tela brillante que llamaba sobremanera mi atención. Pero fue sin duda Marujita quien ha provocado en mí, a lo largo de estos años, que aquella actuación perviviera en mi memoria a lo largo de todos estos años. Cuando el abuelo, con cariño y sin apenas esfuerzo, la sacó en brazos del carro y la montó sobre una pequeña silla con grandes ruedas de madera, todas las miradas se dirigieron hacia sus movimientos, hasta que una familia de monos, dio el comienzo a la función bailando al son de las trompetas y tambores.

En los pueblos todo se sabe, y Marujita no podía quedar al margen del conocimiento popular. Al poco tiempo, escuché que aquella niña tenía impedido andar a consecuencia de una caída del tablón sobre dos borriquetas cuando se disponía a ejecutar su última acrobacia. Aún hoy pienso en el ingenio de aquella gente a la hora de realizar su trabajo, sus disfraces y la espectacularidad de los números de la función sin apenas recursos, su maestría con los animales que, a fuerza de paciencia y a saber



que otras tácticas, lograban conseguir su propósito. Que en el fondo no era otro que “ir tirando”, como suele decirse, pero que para mi suponía uno de los momentos más especiales y esperados.

Las cabras subían acompañadas por la escalera, mientras, el príncipe y el dragón luchaban por el amor de la princesa en las manos de tres marionetas destartadas, Marujita cantaba animada desde su inmovilidad, para dar paso a uno de los niños, que con una cuerda como único instrumento, hacía que su cuerpo pareciera de goma. Hoy entiendo la disciplina y obediencia de aquellos pequeños, conscientes de su implicación en la subsistencia familiar a pesar de su corta edad.

“La función ha terminado, esperamos haya sido de su agrado”, gritaba entusiasmada finalmente Marujita, mientras el abuelo pensaba en el siguiente pueblo, la siguiente función, esperanzado en la generosidad de sus vecinos.

Dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor, yo digo que habría que sopesarlo. A veces muy poco puede conseguir hacerte feliz. La alegría y entusiasmo aparente en las caras de aquella familia de titiriteros aún no he podido olvidarla, aunque quizá formara parte de un elemento más de la función, quizá no fuera la vida que les hubiera gustado llevar. Supongo que hoy, al igual que entonces, en ciertas ocasiones todos somos los protagonistas de un teatro parecido al de aquellos. Se encienden las luces, sube el telón y disfrazamos nuestras caras de una aparente felicidad, a pesar de dificultades, para complacer a los que nos rodean, a un público que en muchos casos ni conocemos.

Lo importante de la vida

Tomar un café conversando con Julia y sus 67 años de experiencia debería poder comprarse con receta médica en la farmacia. El bálsamo contra el pesimismo, la píldora que encierra bajo su cápsula las ganas de vivir. Una vida tranquila, sin sobresaltos ni grandes relatos, que sin embargo han hecho de Julia una mujer fuerte, con ganas de enfrentarse a los achaques de la edad, ajenos y propios, y los momentos menos buenos a los que hay que hacer frente sin titubeos. Para ella, su vida es comparable con las cuatro estaciones del año, y como siempre es bonito comenzar con flores, e la primavera representa para ella la juventud, “quizá la época más loca, donde menos se piensa con la cabeza y más con el corazón”. Dejó en mí muchos recuerdos, afirma melancólica. “En ella me enamoré y tenía ante mí un plan de vida por forjar”. Seguidamente llega el verano, el momento de recoger la cosecha de la primavera. “Comencé entonces a valorar lo que tenía y disfrutarlo a pleno pulmón”. Un momento que vino a engrosarse de felicidad con la llegada de sus hijos, “el centro de mi vida”, y que se complementa “con los mejores años en cuanto a salud y belleza”.

Con la llegada del otoño, Julia afirma que comenzó a darse cuenta “del bien y del mal”, de que no todo el campo es orégano y no te queda otra que arremangarte para acabar con las malas hierbas y enfrentarte con valentía a las adversidades. Por último, la realidad que te arroja el duro invierno “te obliga a advertir que algo está fallando, que tienes que esforzarte más para no perder tu calidad de vida y sufrir el frío de la última estación con el calor que te brinda la experiencia, el saber hacer y la paciencia que has ido adquiriendo en las etapas anteriores”, explica emocionada.

A pesar de los baches que tiene la vida, Julia afirma “que merece la pena vivirla y llegar a poder contarla”. Para ella, ha sido “muy agradable” poder contar y compartir



con una nueva generación - de la que en el fondo no se siente tan distinta y en la que en muchos aspectos se ve reflejada, o al menos, el reflejo de lo que le hubiera gustado vivir-, todo tipo de emociones y recuerdos, alegrías, llantos, preocupaciones y acontecimientos..., todo un cúmulo de vivencias por las que merece la pena pasarlo bien y mal, "porque todo ello te hace ser como eres y dejar parte de ti en la gente que te precede, que es muy importante". Julia no quiso despedirse de mi sin antes, con la gracia que la caracteriza, añadir emocionada ¡Viva la experiencia!, ¡Vivan los achaques!, ¡Vivan los recuerdos!... y como no, los años vividos.